

LA ALABANZA ES LA ÚLTIMA PALABRA



Gary Wilkerson May 18, 2020

El poder de la gratitud en tus pruebas más profundas

No sé si crees en el amor a primera vista, pero Jacob lo vivió. Cuando vio a Rachel por primera vez, supo que quería casarse con ella. "Raquel era de lindo semblante y de hermoso parecer. Jacob amo a Raquel, y le dijo [a su padre, Labán]: 'Yo te serviré siete años por Raquel, tu hija menor.'" (*Génesis 29:17-18*).

Así me sentí cuando me encontré con Kelly, que se convirtió en mi esposa. Cuando nos conocimos éramos adolescentes, y yo con mucho gusto habría trabajado siete años si eso significaba que podía casarme con ella. Sé exactamente cómo se sentía Jacob.

Su suegro, Labán, sin embargo, le jugó un truco. Cuando llegó la noche de bodas, Labán le envió a Lea, la hermana de Raquel, en lugar de ella. Jacob no se dio cuenta hasta la mañana siguiente de que se había casado con Leah, no con Raquel. "Y Jacob le dijo a Labán: '¿Qué es esto que me has hecho? ¿No te he servido por Raquel? ¿Por qué, pues, me has engañado?'" (*29:25*).

Labán accedió a dejar que Jacob se casara con Raquel también si trabajaba otros siete años. Jacob con mucho gusto estuvo de acuerdo, pero imagínate cómo se habrá sentido Lea. Sabía que Jacob no la amaba. Se sentía indeseada, marginada y rechazada en su propio matrimonio.

Así que Lea decidió tratar de hacer que Jacob la amara. Esto era la motivación de todo lo que ella hacía. Ella pensó: "Si le doy hijos, eso le demostraré que soy digna de su amor".

Así como Lea, muchos de nosotros conducimos nuestras vidas por nuestras heridas, tratando de demostrar nuestro valor a todo el mundo.

Cuando se trata del amor de Jesús, muchos cristianos toman el enfoque de Lea. Se dedican a obras o esfuerzo propio para tratar de demostrar que son dignos de él. Pero nunca podemos ganar el amor de Jesús por una sencilla razón: Él ya nos ama.

Dios ya se preocupaba por Lea, y él actuó misericordiosamente en su nombre. "Cuando vio Jehová que Lea era menospreciada, y le dio hijos... Concibió Lea y dio a luz un hijo, y le puso por nombre Rubén, porque ella dijo 'Ha mirado Jehová mi aflicción: ahora me amará mi marido.'" (*Génesis 29:31-32, mi énfasis*).

Lea se sintió vista en su dolor. De hecho, estaba tan agradecida que nombró a su hijo en honor a la bondad misericordiosa de Dios. Desafortunadamente, eso no cambió su matrimonio con Jacob, así que ella trató aún más fuertemente para ganar su amor.

"Concibió otra vez y dio a luz a un hijo, y dijo: 'Por cuanto oyó Jehová que yo era menospreciada, me ha dado también este'. Y le puso por nombre Simeón" (*29:33, mi énfasis*). Lea se sintió escuchada por Dios. Un oído atento

escuchará cuán importantes somos.

Al leer la historia de Lea, pienso en una profunda lucha que mi esposa, Kelly, tuvo que pasar. Ella tiene una voz que está llena de verdad y poder, sin embargo, Satanás atacó ese don. Esto fue muy difícil para Kelly porque desde sus primeros años, todos reconocieron que su magnífico canto revelaba su ser más íntimo, desde la adoración hasta el lamento, la alegría y toda emoción humana. Sin embargo, durante sus años críticos de formación, Kelly sintió que debía ocultar ese don en lo más profundo de sí misma. El corazón de esta joven fue cerrado de una manera que Dios nunca quiso para ella.

Afortunadamente, el Señor oyó el llanto interno de Kelly de la misma manera que escuchó el de Lea. A través de una profunda obra de gracia, mi esposa encontró su voz tanto en las relaciones como en la música. Ahora su don bendice a las audiencias de todo el mundo mientras canta en nuestras conferencias, ministrando el evangelio sanador de Jesús.

Tristemente para Lea, todavía no se sentía amada, así que dio a luz a un tercer hijo. "Concibió otra vez y dio a luz un hijo, y dijo: "Desde ahora se unirá mi marido conmigo, porque le he dado a luz tres hijos." Por tanto, le puso por nombre Leví" (*Génesis 29:34, énfasis*). El nombre Leví sugiere "pertenecer" o "conexión". Lea razonó: "Con tres hijos, Jacob realmente estará apegado a mí ahora". Pero, aun así, esto no sucedió. Lea se sintió como muchos en la iglesia hoy en día: a pesar de la apariencia de bendiciones, sienten un profundo dolor por no ser vistos, escuchados o considerados como parte.

Ninguno de nosotros llegó a esta tierra como un error.

Desde nuestro comienzo, somos vistos por el Señor, escuchados por él y conectados con él. De hecho, Dios nos ha creado a cada uno de nosotros con un sentido de pertenencia y apego, pero nuestros primeros traumas pueden hacernos sentir que tenemos que ganar nuestro apego a los demás. Esos traumas pueden impulsarnos a vidas llenas de luchas en busca de algo que creemos que no tenemos.

Pienso específicamente en dos tipos de trauma. La primera es cuando nos pasa algo que no debería haber pasado. Tengo un amigo que, de niño, fue golpeado cruelmente por su madre. Ella lo encerraba en un armario durante días enteros. Sufrió algunos de los peores abusos de los que he oído hablar, y le causó un trauma severo. Casi no sobrevivió.

Cuando cumplió doce años, agarró una cuerda, subió a un árbol y se paró en una extremidad listo para ahorcarse. Afortunadamente, su hermano lo vio y le rogó que no lo hiciera, eso le salvó la vida. Unos años más tarde, el niño conoció a mi padre, un evangelista callejero, y fue rescatado por el amor de Dios. Nicky Cruz dio su corazón a Jesús, y su vida fue renovada completamente. El amor de Cristo lo liberó de un trauma que casi lo había destruido.

Un segundo tipo de trauma tiene efectos internos profundos también. Este trauma puede ocurrir cuando algo que debería haber ocurrido en la infancia, no sucedió. Las personas que sufren este trauma tienden a ocultarlo a los demás porque no parece digno de simpatía.

Yo he experimentado de este trauma en alguna medida. Siempre me alegraré de que mi padre siguiera al Espíritu Santo en su llamamiento como evangelista, pero su exigente horario de viaje y su agenda tan ocupada dejó un pozo vacío en mis hermanos y en mí. No tenía tanto de mi padre como quería, y compensé ese vacío aprendiendo a separarme, a no apegarme. No me ocupé de este tema hasta que tenía treinta años.

Me sentí un poco como Lea, pensando: "No me han visto. No me han oído. No estoy conectado con alguien cuyo amor necesito desesperadamente". Tenía una herida central en mi corazón, y la única manera que pensé que podía abordarla era a través de mis actividades y logros. Empecé programas, ministerios e iglesias; pero ninguno de estos fue suficiente para silenciar el roer en mi corazón. Eso es lo que muchos de nosotros hacemos con nuestro dolor; tratamos de crear una vida que imaginamos que sanará nuestras heridas.

Si construimos una torre de logros sobre el cimiento de una herida, la torre está destinada a caer.

Construí mi torre personal sobre obras religiosas. Debido a que esas obras nunca saciaron el hambre que tenía en mi ser, siempre me llevaron a la siguiente actividad. Al igual que Lea, lloré dentro de mí: "Mírame, escúchame, conéctate conmigo".

Un día tuve una visión donde yo estaba parado encima de un andamio. Tuve que erigir esta estructura para poder seguir construyendo mi torre más alta. Entonces el andamio comenzó a balancearse. Miré hacia abajo y vi a Jesús agarrando las barras. "Gracias, Señor", grité. "Necesito que estabilices esto!" Sin embargo, Jesús estaba sacudiendo el andamio. "Señor, ¿qué estás haciendo?" Lloré. "¡Vas a derribar todo!"—Bien —dijo—. "Que todo baje."

Recibí el mensaje. Era hora de que bajara de la estructura tambaleante que había construido sobre una base movediza.

"Te veo, Gary", me aseguró Jesús, "así como te vi formado en el vientre de tu madre. Hoy escucho el llanto de tu corazón. ¿Cuántas veces dice mi Palabra: 'Llámame, y te responderé'? Te creé, y hoy te digo: 'Eres perfecto a mi vista'".

Lea experimentó este tipo de gracia, después de que su cuarto hijo nació (*Génesis 29:35*). "concibió otra vez Lea, y dio a luz a un hijo, y dijo: "Esta vez alabare a Jehová"; por esto llamo su nombre Judá," cuyo nombre significa "alabanza". Ella declaró, en esencia, "No estaré más tratando de superar mi profunda sensación de que nunca soy suficiente. Dios me ha hecho digna. ¡Me ve y me oye, y su amor me conecta con él en todo momento!"

Desafortunadamente, Lea volvió a sus viejas e inseguras maneras. En el siguiente capítulo, ella da a su sirviente a Jacob para tener dos hijos, y luego "compra" a Jacob con mandrágoras para tener dos hijos más con él (*30:9-21*). ¡Si solo ella hubiera descansado en la poderosa gracia y el amor que Dios le había demostrado y si hubiera confiado, al menos por un corto tiempo, después del nacimiento de Judá!

¿Y tú? Cuando sientas que tu vida no es vista por Dios, ¿lo alabarás de todos modos? ¿Seguirás confiando en él, aunque no te dé el objeto de tu deseo? Cuando otros no te den el crédito que te deben, ¿todavía le ofrecerás gratitud? Cuando te sientas derrotado por deudas crecientes, una relación familiar tensa o una debilidad física, ¿cantarás sus alabanzas entonces?

Algunos pueden leer esto y decir: "Parece cruel tener que alabar a Dios cuando estoy en mi punto más bajo". Amigo, Jesús está continuamente trabajando para ti, especialmente cuando estás en tu punto más bajo. Es digno de alabanza sin importar cuál sea tu estado emocional porque su amor íntegro es tu fundamento constante. A medida que lo alabas, encontrarás sanidad para tus heridas.

Ya no tienes que esforzarte. Descansa en sus palabras. Cualquier trauma que hayas soportado se resuelve completamente en Jesús. No importa a qué te enfrentes, por sus llagas estás curado. Esa es tu alabanza. Háblale, cántale, ora y experimenta su sanidad.

[Download PDF](#) [1]

Links

[1] <http://worldchallenge.org/printpdf/34604/>